Toda la sangre de Camors afluyó á su cerebro: ante sus ojos pasó una nube, y se apoyó con una mano en un mueble; en seguida se cubrió su rostro de mortal palidez. Estos síntomas no eran, en manera alguna, de remordimientos ó temor, porque su pasion lo dominaba todo. Experimentaba inmensa alegria, contemplaba el mundo á sus pies.

Por este acto de extraordinaria franqueza y audacia sin límites, sazonado con el sangriento romanticismo de su adorado siglo XVI, se entregó á su amante la marquesa de Campvallon, y su union fatal quedó sellada.

III

Seis semanas hacia que pasó este último episodio; serian las cinco de la tarde, y la marquesa esperaba á Camors, que debia ir á verla despues de la sesion del Cuerpo legislativo. De pronto llamaron á la puerta de su gabinete que comunicaba con las habitaciones de su marido. Era el general, cuyas facciones estaban descompuestas, segun observó la jóven con asombro y hasta con terror.

—¿Qué hay, amigo mío?—dijo.—¿Estais malo?

—No,—contestó el General;— nada de eso.

BIBLIOTECA CENTRAL UANL